

## DE ANIMALIDAD Y BUENAS COSTUMBRES Indiscreto Pablo

... porque también leo (todos leen, no puede ser ningún secreto) que es *animalidad* palabra que comparte comunes ancestros con *ánima*. Leo además que *ánima* es referente directo de *almas difuntas*, en concreto aquellas que vagan penando sus culpas en el Purgatorio (por tanto, *toda alma es culpable*, así C.T. Moholer). Mas no son las únicas acepciones: alma puede significar *hueco* de algunas cosas. En particular si hablamos de armas de fuego, alma (ánima) designa la recámara, (vaya sarcasmo), espacio, pues, virgen y divino, siempre immaculado donde se alojan heraldos de muerte y desgracia. *En Dios y en mi ánima que lo siento*, asimismo se dice, como si el juramento implicara favores honorables, honestidad sincera y no vacíos, huecos, vanos, almas difuntas. Jurando por el alma de los difuntos, jurando por la estricta purga de la condena, jurando por las recámaras cargadas, jurando por los corredores de la muerte en los templos de la pena máxima, como una plegaria que necesariamente *deba* ser atendida.

Nada diré del llamado *toque de ánimas*, porque ya hay luz hasta en las míseras callejas de pueblos, de las gentes abandonadas. Porque ya nadie fallece a oscuras.

Animar, sin embargo, infundir ánima en un ser. Es decir, infundir el alma de los difuntos... (un alma, pues, condenada a penar por el mero hecho de su existencia) como reencarnaciones negras ya previas a la vida...

Una aproximación mucho más conseguida al significado real del término (y en general, aplicable a cualquier vocablo) la tenemos en las consideraciones teóricas recientemente expuestas por Aaron Ølbapson (Uppsala, 1947) quien establece en su brillante estudio *De animalitate bonisque moris* una peculiar concepción acerca de los procesos de estructuración y elaboración de conceptos basada en lo que él denomina *inmersión lateral en los saberes*. Básicamente su teoría supone que el aprendizaje se determina a partir de una suerte de derivaciones conceptuales hacia

la *idea en sí* (ajenas por completo a cualquier intento de definición exacta e imposible de los términos), sustentada en aproximaciones sucesivas de fragmentos que se bastan iniciados e inconclusos. Es –señala– su pretensión “un acercamiento espiral a la verdad que puede saberse pero que no puede expresarse”. Así por ejemplo establece, en referencia al vocablo *animalidad* que nos ocupa, el siguiente decálogo (y no debemos pasar por alto cierto empeño que recientemente viene poniendo en comparar su estudio con el manifiesto Dogma 95 de su vecino Von Trier):

1 ... porque hay un gruñido orondo postrado frente al televisor, que se masturba y engorda devorando imágenes. Hay una sombra que le sirve, obediente y sumisa. Ese regreso a los orígenes, a nuestras raíces biológicas. Es máxima la síntesis verbal de la evolución en el lenguaje. Gruñidos animales servidos.

2 ... y de nuevo escucho el llanto del pequeño, lejano, procedente de alguna de estas colmenas que dan al patio. (Patio de luces, dicen, como si de algo hermoso se tratara.) Un llanto ya cansado, como dormido, como un dolor inconcreto. Algo más tarde vuelvo a escuchar ese llanto, ya adaptado al desprecio descomunal que le recrimina, del grito que le humilla, del cállate de una puta vez... Me callo. Pues.

3. El teléfono suena en el silencio. También el silencio se ha asentado a ambos lados, como si nadie marcara números que nadie va a responder. Habrá que desterrarlo. Que ni un sólo segundo sea sacrificado al ronroneo del más mínimo pensamiento.

4 ... cuando abre el buzón el día 8: extractos bancarios, domiciliaciones, recibos... abre el buzón día 17: blanda se derrama la publicidad de monstruosas superficies, las tímidas tarjetas de antenistas, persianistas, pintores, arreglos económicos de

prendas de vestir.... el buzón el día 25: telepizzas, telechinos, teletortillas... el día 8: extractos bancarios, recibos...

5 ... como ejemplo de toda una vida plenamente realizada, completa, profunda y fecunda. Esa anciana que a diario sigue paseando (toda una vida) seis mierdas de perros. De uno en uno, porque (señala) entre sí se pelean, porque (afirma) se tienen pelusa unos de los otros. Seis mierdas de ínfimo tamaño, engendros de la naturaleza, cobardes como ratas. Tres veces al día durante años, inasequible al desaliento, para que el resto de los mortales podamos admirar las necesidades infames de sus criaturas. Tres veces al día, 18 paseos de orines y mierda por persona. Cuánto sacrificio y dedicación. Toda una vida abnegada. Y una de esas mierdas –que clavo con negra mirada– me ladra cuando intento entrar en casa. Sé que debo envenenarla. A la anciana. Que luego los perros la devoren, envenenados de gratitud, de hambre y cianuro.

6 ... *han quedado* sobre el respaldo del banco en la calle, horas sobre el invierno en el capó de algún coche, muchos, todos: *ya te digo... mola mazo... se sale... chachi...* Así también la absurda despedida tras todas las horas de la tarde, *venga... venga...* (¿venga adónde?, me pregunto) *chao*. Y mañana *ya te digo... mola mazo... se sale... chachi...* Y en dos meses *ya te digo... mola mazo... se sale...* Hay otra variante que suena a través de móviles: *ya te digo... mola mazo... se sale... Venga. Chachi.*

7. Escucho el silencio burlón del goteo prescrito a los deshauciados. Hay monjas alrededor, dentro y fuera de las UCIs. Hay monjas y tras las tarimas también afilan sus garras otros necrómanos que trafican con nichos, panteones, camposantos. Así será repartido el botín en el deceso de los enfermos. Escucho el silencio de ese goteo. Monitores silenciosos, y al otro lado de tres mamparas de seguridad para que nadie atente contra esas vidas que se esfuman, los rostros sorprendidos, abandonados, repudiados de algún familiar (si es que los hubiera) que se empeña

en oponerse a protocolos facultativos, váyase a casa, aquí no pinta ya nada. Escucho todos los goteos silenciosos, como lágrimas sucias. Como gotas de rocío envenenado, luchando por conseguir su esfericidad incorpórea, atemporal, eterna.

8 ... cuando el sexo desaparece como las mareas en retirada, emerge el secreto retirado, finalmente pequeño, perdido en la inmensidad de un océano de arena y sílice. Entonces los espejos no reflejan imagen alguna, pues la soledad no precisa de contornos para resultar lacerante. Es entonces cuando los seres que han sobrevivido a la batalla comienzan (comenzamos) a buscar (minúsculos, recogidos, cansados) compañía. Sólo compañía.

9. Proliferan como colonias de bacterias endogámicas las tabernas y los templos, prostíbulos de afectividad segregados respectivamente para hombres y mujeres, que ya sabios intuyen haber perdido todos los trenes. Que ya sabios se saben consumidos. Prostíbulos de sucios afectos que a diario se consagran en cuerpo y sangre (y no es casual la preferencia, como antaño se marcará de rosa o azul el estigma futuro del neonato), depende de con quién deba cada uno comulgar, como si los hábitos propios tuvieran que ir apuntalándose, así edificios siempre a punto de desmoronarse.

10 ... esa perversión de viudas estrictas que marchan siempre del brazo de sus hijas, despreciadas y solteras. Esa perversión *contra natura* de maternidades castradoras, hijas engendradas con el único fin de dispensar cuidados a la vejez de sus madres, matronas rotundas, gobernantas. *Mamma*, dicen todavía las desgraciadas. *Mamma*. Y el gesto adusto de esta anciana, de esta viuda negra que contemplo cual tarántula. De esta nueva viuda madre que marcha mascando desprecios a su propia sangre. *Mamma*. Esa tremenda perversión de mujeres, ajada la que fuera fecunda. Ajada la que fuera estéril.

Escucho lejano el llanto inquietante del niño. Ya suave, rutinario, cansino. Como el ulular de un viento resignado.

El mismo Ølbapson recoge al final de su estudio (no es fácil adivinar con qué intenciones estéticas, ni determinar qué relación indirecta puede establecerse con su particular concepción del concepto que abordamos) algunos versos del poeta lituano Otilvaap Znass (Vilnius, 1963) que arrojan –afirma– cierta “lucidez final” (*sic*) al respecto:

Sombras. Escucho de distintos desgraciados  
aullidos y sombras.

Sobre las noches pasos que tropiezan en pos del vómito.

Sombras. También mi vómito sonrío necio  
y necio bebo otro trago.

De la noche contemplo fracasos,  
rotos los proyectos y las sonrisas.

Atrás no quedan (no *pueden* quedar) penumbras:  
sin más luces las paredes lucen negras.

Sombras. Fracasos.

Repudio.

Vergüenza.

Entretenerme, pues.

Nada más aguardar.

Entretenerme, pues,  
entretenerme.

Ociarme,

ajarme frente a los destellos y los colores,  
frente al tronar de las monedas,

de móviles, chispazos, cigarros, silencios.

Y sin embargo, confieso estúpido

que te estuve esperando.

¡Sí! ¡Te estuve esperando!

¡Todavía te estoy esperando!,

¡Maldita Puta de Dios!

Me sorprende: inevitablemente acabo de releer las palabras de Ølbapson mientras las transcribo, como un repentino eco violáceo, y ahora soy yo quien escucha lejano el llanto del niño. Suave (es cierto), constante, rutinario. Así desde hace un buen rato. Así desde hace horas, como el ulular de un viento ya definitivamente resignado.